

ALMA MATER

Para Angel Remersaro (hijo).

Fué en aquella edad en que la crisálida rompe su capullo para convertirse en mariposa, en que las flores abren sus fragantes pétalos á la luz del sol, que Elvira perdió á su madre, quedando sola en la vida, casi en la alborada de su existencia. Lejos de que su espíritu se amilanara ante la desgracia, se armó de las fuerzas suficientes para poder combatirla con trabajo y perseverancia, siguiendo los impulsos de su alma noble, que como una herencia de gran precio, le dejó su madre como único patrimonio. Infatigable y tenaz, trabajaba todo el día para un taller, y de noche, cuando su cuerpo fatigado buscaba descanso, se dormía con la tranquilidad de las conciencias sin culpa. En sus castos sueños vislumbraba á veces su porvenir y entonces una sonrisa angelical adornaba su rostro como un vago fulgor de alborada ilumina un prado cubierto de flores. El amor de los amores no había aún hecho estreñecer las fibras de su corazón. Quería responder á ese grito imperioso que llama al alma cuando se ha dejado de ser niño, pero temía ir en su busca. . . Para ella era desconocido el lenguaje de la pasión y cuando alguno deslizaba á su oído algunas frases galantes, su rostro se cubría de un adorable rubor, intuyendo vagamente el misterioso aleteo de algo que se cernía ante ella y que no alcanzaba aún á comprender. . . Fué en una hora poética del crepúsculo en que parecía que toda la naturaleza vá á pasar á otra vida, que María empezó á amar con toda la vehemencia de su alma, sinceramente, apasionadamente. — Y se sintió feliz, sintió que en su pecho se apresuraba el ritmo de su corazón como para hacer más pujante y más hermosa la bella vitalidad de su radiante juventud.

Pero duró poco su dicha. Fué un día fugaz y pleno de armonías, que la noche ensombreció muy pronto y dejó en su alma la horrible negrura del dolor. . .

Ricardo supo sublimar su amor con frases de fuego y apoderarse por completo de aquella pobre alma enamorada. Y ella se entregó por completo, con aquel abandono ciego de los corazones creados para la esclavitud del amor. . .

¡Pobre alma predestinada, sublime en su ignorancia sentimental, nadie le había enseñado la sabia lección del poeta que dijo que «el beso tiene la atracción de lo desconocido; que acaricia como la ola y traiciona como el abismo!»... Ella sentía la necesidad de transmitir á su idolo toda la grandeza de su cariño; unir sus labios á los de su due-

ño en medio de un abrazo ardiente y entregarle á él todo su ser para que lo llevara al cielo de su felicidad, aunque en su puerta tuviera que deshojar la primera flor de su corona de virgen. . . La pureza de su intención estaba muy por arriba del contacto pecaminoso y la sinceridad de sus afectos si no tenía el arrullo de la ola tenía en cambio la traición del abismo. No concebía que el amor fuera como las flores: que nacen para morir sin dejar más que el recuerdo fugaz de sus fragancias. . .

Sin embargo la traición no tardó en presentarse con toda su triste realidad. El, adiestrado en la lucha de una vida aventurera, no se conformó con la castidad de aquel amor inocente. . .

El vendabal de su impureza agitó al débil arbolillo de aquella virginidad y en esa lucha desigual el segundo sucumbió.

Un día Eloisa se sintió madre, y pudo contemplar, cómo dos ojos se abrían á la luz, cabe el calor de su regazo; cómo dos claros ojos de niño elevaban su mirada hacia la madre que, en aquella oscura bohardilla, sola y desamparada, no podía levantar sus ojos, sonrientes de amor, para enseñar el orgullo de sus entrañas á otro ser que, ingrato y despiadado, la había dejado abandonada. . .

Eloisa vivía sola con su hijito, su pobre hijo que, antes que la caricia de un beso recibió una lágrima de amargura sobre su blanca frente. El amante había desaparecido, y el desengaño más cruel afligía aquella pobre alma, amargada por la traición. La pobre mujer recordaba entonces todo su pasado, sus esperanzas perdidas, su juventud entregada á aquel miserable, y esos recuerdos no hacían más que aumentar su dolor, haciéndole más dura la existencia. Sin embargo, en su corazón fué muriendo poco á poco aquel amor de su juventud para dar vida á otro más grande, á otro más sublime: el amor de madre. Y en su hijo iba encontrando todo el cariño necesario para su alma herida por la traición; y aquel hijo que llegó á ser toda su vida, que llegó á ser el único consuelo que le quedaba en su triste desventura, acabó por ser el sol maravilloso que vino á alumbrar el día de su nueva existencia. . .

Día lúgubre y triste, el de aquel sol de consuelo, pues la miseria horrible azotó inclemente sus furias sobre aquellas dos cabezas!

— ¿Cuánto dan por esta rica cuna de caoba?
¿ Cuánto? . . . ¿ Cuánto? . . . — gritaba el remata-

dor tratando de acompañar á cada mueble con un adjetivo irónico que hacía estallar en carcajadas á los compradores. Se trata de sacar el dinero necesario para pagar dos meses de alquiler de una bohardilla. No se precisa mucho ! ¿ Y por esta silla ? Tengan en cuenta que es histórica. En ella Julieta y Romeo se contaron sus primeros amores ! . . . ¿ Y por esta cuna ? ; Mirenla que linda ! Es para mecer á un vástago real ! . . .

Era en vano que se prolongara la cómica elucubración. Nadie ofrecía una postura. Al final, uno de los pocos compradores que habían llegado hasta la misera boharda, habitada hasta hacía dos días por la pobre Eloisa, tentó una postura, incitado quizá por el niveo blancor de la cuna.

—Des reales !

En un rincón, la pobre madre ahogaba los sollozos que trataban de escapársele del pecho. Ago-

biada por la miseria, desconocida por el dolor, apretaba en sus manos una moneda arrancada á la piedad de algun alma compasiva. — Cuando sonó la oferta del comprador, su cuerpo de madre sintió como si hubieran manchado de lodo aquella cuna, blanco regazo de los sueños de su niño y crispada de rabia y de dolor gritó, sobre las palabras del otro:

— Dos pesos . . . Todo lo que tengo !

Y mostró, á la admiración de los hombres que se volvieron, las monedas en su mano extendida.

— Suya es, dijo el rematador, y fué á golpear la cuna para sancionar su palabra, pero ella, reteniendo su brazo, con una sonrisa y los ojos llenos de lágrimas, le dijo suavemente :

— No la golpee ! . . . Es de mi hijo . . .

ARTURO SCARONE.